

## Nuestro kilo de cadmio se va a Castilla-La Mancha UN LICENCIADO EN FILOLOGÍA CROATA GANA EL CONCURSO DE EL ENGENDRO

La tortuga de la página 30 de EL ENGENDRO parecía escéptica respecto a las letras que flotaban por encima de ella; pensaba que, a pesar de pertenecer a la especie más longeva del reino animal, no iba a vivir para ver entregar el kilo de cadmio que diez centímetros más arriba EL ENGENDRO decía regalar. Nuestra tortuga, sin embargo, andaba bastante descaminada tanto en el tema de su longevidad como en el del cadmio, en el primero porque no comprendía que ella no era más que una imagen predeterminada de Microsoft Word y que en cuanto a Bill Gates se le ocurriera sacar una nueva versión del famoso procesador de textos sus programadores no tendrían el menor escrúpulo en sustituirla por otra tortuga más joven y esbelta. Así de implacable es el mundo de la Informática, pero eso ya lo sabíamos todos. En el asunto del cadmio, por el contrario, la desconfianza del quelonio era por doquier compartida; no había demasiados individuos que creyeran que EL ENGENDRO fuera a conceder finalmente el premio a un ser humano vivo y reconocible. Incluso entre nosotros mismos cundía la desazón; en la redacción de EL ENGENDRO se deliberó noche tras noche, con gritos que despertaron a todos los vecinos de Riga y casi consiguieron que la policía letona (famosa en todo el Báltico por sus métodos de tortura) descubriera nuestro cuchitril, sobre la conveniencia de inventarse un ganador sí, como parecía probable, no se presentaba ningún sujeto que reuniese las condiciones impuestas. Felizmente, nuestro concurso ha terminado exhibiendo un vencedor de carne y hueso: Alfredo Ortiz Huete, de 29 años y natural de Almorox (Toledo) pero residente en Cuenca, alumno de doctorado de Filología Croata en la universidad de Castilla-La Mancha, ha recibido de EL ENGENDRO un kilo de cadmio procedente del desastre de Aznalcóbar por haber demostrado la total falsedad de la entrevista con Luis Miguel. Como EL ENGENDRO no tiene por costumbre conceder premios a los illetrados ni a los arrogantes, las palarzase con el codiciado galardón Primeramente, Alfredo hubo de distribuir en su región natal; nuestro suerte de hallar un ejemplar de carretera N-IV mientras estaba aparenciencia insignificante suceso le siguiente paso era probar la total tares no tan simple como pudiera bases del concurso Inducían trataba de demostrar la total falsedad (que, recordemos, no es totalmente



Luis Miguel que fuese totalmente falsa y demostrar punto por punto dicha falsedad. Nuestro ganador debía ser lo suficientemente astuto como para no dejarle enganar por este pequeño detalle; Alfredo, afortunadamente, lo fue y superó la prueba, como también superó la de encontrar la mencionada entrevista ("es que el Luis Miguel nunca habla, el cabrón"), la de escribir un trabajo de al menos 100 folios para la entrevista ("eso sí que fue complicado, porque las cuatro gilipolleces que dice el Luis Miguel no dan más que para seis o siete folios. Menos mal que se me ocurrió incluirlos en el contexto más general de la semiótica de la representación grotowskiana en el medio artístico, porque si no estaba jodido"), la de encontrar un catedrático emérito de la universidad de Bratislava que aceptase escribir la introducción a su obra ("localicé a uno y el cabrón me pidió una entrevista personal, y como no tenía pelotas tuve que ir allí haciendo dedo. Llegué a viajar en la caja de un camión que transportaba cadmio, y pude haberlo robado allí mismo, pero pensé que era más divertido ganar el concurso de EL ENGENDRO"), la de leerlo en un recinto universitario ("como nadie me dejaba ni una miserable aula no tuve más remedio que leerlo en un pasillo. La gente se creía que estaba repartiéndose propaganda") y la de traducirlo a 19 idiomas entre los que no se encontraba el suyo ("hay que joderse, también os podíais haber enrollado un poquito y haber puesto el croata en vez del esloveno, que es muy difícil"). Sorteados todos estos escollos, le quedaba sin embargo la prueba de fuego, aquella cuya culminación exitosa está reservada exclusivamente a los genios y a los semidioses: Alfredo debía ingeniar una forma de viajar en el tiempo si quería presentar su trabajo antes de la fecha límite consignada en las bases. Y lo hizo, vaya si lo hizo; el 26 de enero de este año un individuo que dijo llamarse Alfredo Ortiz Huete se presentó en la redacción de EL ENGENDRO y entregó un voluminoso manuscrito acerca de la semiótica de la representación grotowskiana en el medio artístico, diciendo que era para un concurso. Como por aquel entonces nosotros aún no nos habíamos planteado convocar concursos cuyas pruebas incluyeran viajes en el tiempo, las alusiones del tal Alfredo a su supuesta procedencia del futuro nos sonaron bastante raras; tanto es así que estuvimos a punto de hacerlo ingresar en un psiquiátrico, aunque al final se nos escabulló por poco. Hicieron falta cinco meses para que nos diéramos cuenta de que aquel a quien habíamos tomado por loco furioso era en realidad el ganador de nuestro concurso. Hoy Alfredo Ortiz Huete es un hombre feliz; no sólo posee un kilo de cadmio valorado en casi 700.000 euros, sino que además él, que antes de topar con EL ENGENDRO no tenía ni puta idea de física, es ahora candidato al premio Nobel por sus hallazgos en el campo de la métrica minkowskiana del espacio-tiempo. Alfredo ha cambiado hasta de nombre; a partir de ahora se llamará Alfred Bauer, apelativo éste que ha de servir para abrirle las puertas de las grandes universidades del mundo y garantizarle el respeto de la comunidad científica internacional. Con este nombre y con sus conocimientos de croata no creemos que este muchacho vaya a tener ningún problema para colocarse. Él mismo lo ha dicho: "EL ENGENDRO ha cambiado mi vida". Pues a disfrutarlo, Alfred, y ojalá que el futuro no te reserve una lobotomía ni una trepanación. Aunque eso no ha de preocuparte ahora que eres dueño del tiempo...